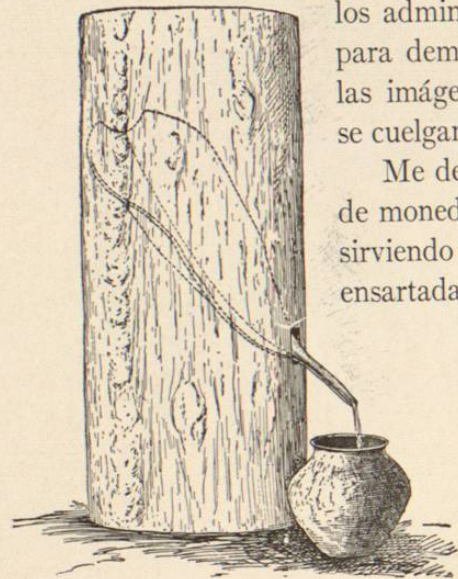


gado. Había dos grandes crucifijos malhechos y cuatro horribles cuadros, recargados contra la pared, que representaban al señor San José y á nuestra señora de Guadalupe. Las otras dos imágenes representaban respectivamente á Santa Catalina y á San Antonio, patrono del lugar. Todos los santos aparecían adornados con plumas, bolsas, cintas, cascabeles y soguillas de cuentas, esto es, con todos



Parte de un destilatorio cora.

los adminículos de los matachines que, para demostrar su devoción, decoran á las imágenes con las zarandajas que se cuelgan ellos de noche para bailar.

Me dejó atónito el ver gran cantidad de monedas de plata, antiguas y nuevas, sirviendo de adornos á los cuadros, ensartadas en dos cintas rojas que abarcaban á cada una de las pinturas. Cuando los indios quieren que llueva, tienen algún enfermo ó desean que se les aumente su ganado, ofrecen dinero á cualquier santo que les designa el adivino. Aun suelen llevar el santo al rancho en que hace falta, y el propietario manda matar una vaca y hace fiesta á la imagen, siendo de rigor, por supuesto, la danza y el canto. Nunca se devuelve la imagen sin la limosna correspondiente, que se coloca en la referida cinta. Habiendo contado el dinero, calculé que los cordones de los cuatro santos representaban un valor de doscientos pesos mexicanos, suma muy considerable para los indios.

Me dijeron que los dos "Cristos" eran más ricos que los otros santos. Reciben las limosnas en bolsas como las que comúnmente llevan los huicholes colgadas al hombro; pero no se veía su dinero. Cuando las monedas se retiran

de la exhibición, son guardadas en un sitio secreto por los custodios de las repetidas imágenes, y uno de los más importantes deberes de las autoridades eclesiásticas es cuidar de ese dinero, que nunca desaparece.

Se decía que terminaba la fiesta de Navidad el 23 de diciembre, después de haber durado seis días; pero en realidad se prolongó el holgorio por algún tiempo más para celebrar debidamente la elección de las autoridades nativas. Llámase á tal acto *cambiar la vara*, aludiendo al emblema de la dignidad oficial.

Tanto los nuevamente electos como los jueces que cesaron en sus funciones, fueron á presentarse á las autoridades mexicanas de Mezquitic. Entretanto, el resto del pueblo se entregó á la danza todas las noches en honor de aquéllos, y como no faltó quien les vendiera sotol, la alegría llegó al colmo.

Cuando regresaban de la cabecera del distrito los nuevos jueces, después de una ausencia de ocho días, se detuvieron en un lugar distante como unas dos horas de Santa Catarina, y enviaron un mensajero que notificase su llegada. Mandóse al punto una comisión á recibirlos, y siguió la fiesta hasta el 5 de enero, ó sea, por todo, veinte días. En seguida tornó cada quien á su rancho.

Por mi parte, nunca he pasado peor Noche Buena, y el único aguinaldo que recibí fue la renovación de los síntomas de mi enfermedad.

Precisamente al otro día de haberse dispersado la gente, los transportadores de jículi organizaron una fiesta especial para llamar la lluvia, fiesta que duró, incluyendo los preparativos, casi una semana. En ese tiempo habían conseguido apoderarse de cinco venados, con lo que estaban suficientemente provistos para la próxima celebración del jículi; pero ignoro por que motivo no quedaron satisfechos con la perspectiva de las cosechas en el año siguiente, pues hicieron especiales esfuerzos para aplacar á los dioses.



Aun á los santos hicieron intervenir, sacándolos de la iglesia y conduciéndolos al templo pagano. Pero la petición más importante, se practicó en forma de una variedad de objetos, cuya fabricación ocupó por varios días á los indígenas principales y á los ayudantes del templo.

Apararon el fuego sagrado cubriéndolo con un montón de ceniza; sacrificaron, en punto de media noche, dos bueyes á las Diosas de las Nubes Orientales y Occidentales, y poco después recibieron ambas deidades sus ofrendas, una mezcla de sangre de las reses sacrificadas, chocolate, tesgüino, tortillas, pan de los mexicanos y plátanos, todo bien desmenuzado y revuelto. Matáronse otros dos bueyes al amanecer, en honor del Abuelo Fuego y del Padre Sol, y pasado el medio día, se acumularon canastas llenas de comida encima y al rededor del horrible montón de ceniza, en un espacio como de dos pies. En lo más alto del montón había sido puesta la jara del dios del Fuego, que es siempre más gruesa que las flechas comunes, muy manchada de sangre y con abundantes plumas.

Todo parecía listo para la fiesta. Los peyoteros ó transportadores de jículi, bajo la influencia de su mágica planta, se cambiaban bromas y chanzonetas, moviéndose mucho, charlando sin cesar y riéndose inmoderadamente. Todos se mostraban muy hospitalarios conmigo, dándome con abundancia de sus provisiones. Usan los huicholes en el otoño un guisote de flores de calabaza cocidas, que se sirven con la misma calabaza, plato cuya preparación no requiere grande habilidad. Aunque la comida huichola es menos sabrosa que la de otras tribus, cumplí con el principio de la etiqueta india de no rehusar nunca lo que me ofrecían. El invitado debe comer algo, cuando menos, de lo que le dan; pues si no acepta, no le volverán á ofrecer nada. El colmo de la cortesía consiste en comer todo lo que hay en el plato, y limpiarlo con el dedo antes de devolverlo. Si no fuese posible tomarse todo el contenido,

se vacía el sobrante en un jarro que las buenas maneras exigen llevar siempre consigo, para entregar los trastes desocupados; pero basta para llenar los requisitos sociales, acercarse la comida á los labios y tomar un bocado.

Al concluir la fiesta, enviáronse mensajeros en las cuatro direcciones cardinales á depositar, en las moradas de los diversos dioses, los numerosos objetos rituales que se habían preparado. Se mandaron á todas partes tecomates votivos, y flechas y escudos al Océano Pacífico para fijarlos en la playa, dentro del agua, cerca de San Blas. Va en cada dirección un solo individuo, quien, al llegar al límite donde termina la región de los huicholes, invita á uno ó dos indios más de su tribu para que lo acompañen en su travesía por tierra extraña.

Entre las cosas enviadas, había una que pudiera llamarse arca, especie de imitación de la canoa en que se salvaron los primeros huicholes, de un gran diluvio que acabó, conforme á la tradición, con cuantos seres vivían sobre la tierra. Esas arcas se depositan en la laguna de la Magdalena, lugar á donde se llega en una semana. Consideran que dicha laguna es la Diosa de las Lluvias del Sur, y echan allí la piragua á flote, suponiendo que lo que una vez tuvo que ver con la lluvia, favorecerá ahora la caída del agua.

Tienen los huicholes, como otras muchas razas, su leyenda del diluvio, que se refiere de este modo:

Un huichol que se había puesto á cortar árboles para formar un campo donde sembrar, encontraba cada mañana los que había derribado la víspera, crecidos de nuevo. Siguió cortándolos hasta que se cansó de tanto trabajar, y á los cinco días volvió á fin de hacer otra experiencia y resuelto á descubrir la causa de aquello. Pronto salió de la tierra, en el centro del claro, una viejecita con un bordón en la mano. Era la anciana Nacahue, la diosa de la tierra que hace brotar la vegetación. Pero el indio no la conoció, y ella, levantando su vara, apuntó al norte, al sur, al



poniente y al oriente, arriba y abajo; y todos los árboles que el joven huichol había cortado, aparecieron de nuevo. Entonces comprendió cómo había estado sucediendo todo.

Enojado, prorrumpió: “¿Eres tú la que has estado deshaciendo lo que yo hago?” “Sí, contestó ella, porque tengo que hablarte.” Y la diosa le dijo que estaba trabajando en vano, añadiendo: “Va á caer un gran diluvio antes de cinco días. Vendrá un viento muy fuerte que olerá á chile y te causará tos. Haz con el tronco de un salate una caja de tu tamaño; ponle una buena tapa para encerrarte dentro, y guarda contigo cinco granos de maíz de cada color y cinco semillas de frijol, también de cada color; toma asimismo lumbre y cinco sarmientos de calabaza para alimentar el fuego, y llévate una perra prieta.”

El indio hizo lo que le mandaron. Á los cinco días tenía lista la caja y puestas en ella todas las cosas que le habían dicho. Se encerró con la perra negra, y la viejecita puso la tapa, cubriendo todas las aberturas con cola. Entonces se sentó encima con una guacamaya en el hombro. La caja anduvo sobre el agua durante un año con dirección al sur, otro año hacia el norte, un tercero hacia el poniente y el cuarto al oriente. El quinto año fue levantada muy alto, pues todo el mundo se había llenado de agua, y hasta el sexto comenzó á descender y se detuvo sobre una montaña, cerca de Santa Catarina, donde puede verse todavía. El indio levantó la tapa y vio que aun estaba la tierra llena de agua. Pero las guacamayas y los loros abrieron barrancas con sus picos, y cuando las aguas empezaron á correr, las separaron en cinco mares. Entonces se comenzó á secar la tierra y nacieron los árboles y la yerba.

La viejecita se volvió aire, y el indio fue á limpiar su campo. Vivía con la perra en una gruta, donde la dejaba de día cuando se iba á su labor. Como todas las tardes que volvía encontraba tortillas, tenía curiosidad de saber

quien las hacía. Á los cinco días, se escondió detrás de unas matas, cerca de la cueva, para espiar, y vio que la perra se quitaba la piel y la colgaba, quedando convertida en una mujer que se arrodilló á moler. Entonces se acercó poco á poco por detrás, cogió el cuero y lo echó á la lumbre. “Me has quemado mi ropa” gritó ella poniéndose á aullar como perro. El indio le lavó la cabeza con el agua del *niztamal* que ella misma había preparado; la refrescó así, y desde entonces ha seguido siendo mujer. Tuvieron muchos hijos é hijas que se casaron y poblaron el mundo yéndose á vivir en las cuevas.



El Noé huichol y su arca. Longitud, 23.5 cm.

La ilustración representa el arca y al antecesor de los huicholes, con la perra y los tallos de calabaza que le sirvieron de combustible. El bote es un pequeño madero de salate, ahuecado y cerrado en sus extremos con dos discos á manera de tapones. Tiene arriba unos picos para imitar los cuernos de venado de que iba provista el arca original á fin de que se detuviera en la maleza cuando bajase el agua. La pintan de azul, con dibujos amarillos de mariposas, flores de totó y olas del mar.

La misma leyenda conservan los coras, sólo que conforme su versión, lo que se ordenó al indio que llevara



fue un pitorreal, una chocha y un loro. Se embarcó á media noche, cuando comenzaba á llover. Luego que el agua hubo bajado, esperó cinco días y envió á la chochaperdiz para ver si era posible andar á pie enjuto. El ave volvió gritando “¡I-hui, hui!” por lo que el indio comprendió que la tierra estaba todavía mojada. Esperó cinco días más, y envió al picamaderos á ver si los árboles estaban duros y secos. El pájaro clavó su pico en un árbol y meneó la cabeza de un lado y otro para ver el efecto que causaba, pero como la madera estaba muy blanda todavía, le costó mucho trabajo sacarlo, al grado que de la fuerza que hizo, perdió el equilibrio y cayó al suelo. El pico volvió gritando: “¡Chu-í, chu-í!” y el hombre aguardó otros cinco días y mandó al manchado chochín. A éste no se le hundieron mucho las patas en el lodo, sino que pudo saltar en el suelo cuanto quiso, y volvió diciendo que la tierra estaba ya buena. Entonces salió el indio de su arca, andando con mucho tiento, y vio que la tierra estaba seca y pareja.

No obstante la aparente similitud entre esta leyenda y la narración bíblica del diluvio universal, es original de los indios y no “inventada” por los blancos.

En los casos extremos, cuando hay urgencia de que llueva, recurren los huicholes al ingenioso medio siguiente: Toman agua de una fuente sagrada situada á doscientas millas al este, en la tierra del jículi, y la llevan hacia el oeste para echarla en el Océano Pacífico, haciendo otro tanto con igual cantidad de agua del mar que llevan á la fuente. En opinión de los huicholes, una y otra agua se sienten á disgusto y necesitan volver á sus respectivos lugares. Como no tienen más medio de conseguirlo que levantándose en forma de nubes y pasando por la región de los huicholes, por fuerza se encuentran allí ambas nubes, y á consecuencia del golpe, caen en forma de lluvia.

Cuando hay que construir un templo, se llevan del mar seis piedras, suponiéndolas hombres y mujeres, y de ellas, se entierra un par debajo del fogón, otro par debajo del altar, y el tercero, bajo la entrada. Creen los indios que por haber estado dichas piedras dentro del agua, producirán la lluvia.

